

La calle  
Diario de un espectador  
Alonso y Buñuel  
por miguel ángel granados chapa

para el jueves 9 de agosto de 2007

La voz grave, pastosa y recia de Ernesto Alonso era uno de sus atributos como actor, que fue apreciada por Luis Buñuel. Cuando el gran cineasta español radicado en México hacia la mitad del siglo pasado filmó *Los olvidados*, encargó al artista fallecido anteayer la narración con que se abre la cinta laureada en Cannes.

Años después Buñuel encargó un papel estelarísimo a Ernesto Alonso, que hizo de Archibaldo de la Cruz en la versión fílmica de la novela *Ensayo de un crimen*, de Rodolfo Usigli, que no estuvo satisfecho con la traducción al cine de su obra narrativa, excepcional en su tarea consagrada a la dramaturgia. Al lado del protagonista actuaron mujeres notabilísimas, como Andrea Palma, Miroslava, Stella Inda, Rita Macedo, Ariadna Welter y Leonor Llausás. El elenco masculino no era menos relevante: Rodolfo Landa y José María Linares Rivas, entre otros.

Poco después de concluída la cinta, que se estrenó en mayo de 1955, Miroslava se quitó la vida. Ernesto Alonso había recibido de ella la confidencia de su apatía por la vida. Descubrió que el doctor Stern no era su verdadero padre, sino que su familia había sido exterminada por el nacismo y aunque el gesto generoso del médico checo al salvarla y ampararla con su nombre fue altamente apreciado por ella cuando se enteró de la verdad, la deprimió no haber conocido a su familia y pensar en el modo en que sus padres fueron sacrificados. No es verdad, aclaró Ernesto Alonso más de una vez, que la estrella se suicidara por desilusión amorosa, porque el torero Luis Miguel Dominguín, con quien efectivamente tuvo un romance, se olvidara de ella para casarse en España con Lucía Bosé. Su mal era muy profundo, y aunque Alonso quiso disuadirla, no consiguió evitar que se privara de la vida. Durante la década terminada en 1955 mantuvieron una relación amistosa tan entrañable que, en la etapa crítica del final de su vida, Miroslava fue invitada a vivir en la casa que Alonso poseía entonces en san Ángel, la Casa de las campanas como se la conoció después. Pero ni siquiera el confortante cariño de su amigo, muchos mayor que ella y más maduro, proporcionó calor vital suficiente a la hermosa actriz que finalmente se envenenó.

En esos años Ernesto Alonso combinó su creciente actividad cinematográfica con el teatro. En realidad en las tablas había comenzado su trabajo artístico, iniciado cuando aun recibía cursos de arte teatral. En los años treinta tuvo contacto constante con gente de teatro, como Usigli, en cuya obra *El gran galeote* actuó en 1939, lo mismo que hiciera poco después en *Los diálogos de Suzette*, de Luis G. Basurto. Años atrás, según recordaría el propio Alonso, participaba en las breves obras, de un solo acto, que integraban el teatro de medianoche, animado por Xavier Villaurrutia. En los años cincuenta, cuando el tiempo escaseaba porque lo consagraba al cine, se creaba espacios para actuar en teatro. Lo hizo, por ejemplo, en *La sed*, de Henri Bernstein, puesta en julio de 1954 bajo la dirección del actor español Pedro López Lagar, a la sazón residente en México, y que tomó el papel principal. Quizá con despecho porque Alonso pertenecía de más en más al mundo de las cámaras que el de las tablas, el mismo crítico que se hacía lenguas de la actuación de López Lagar y de la bella Silvia Pinal, encontró que "Ernesto Alonso, fundamentalmente hombre de cine, está discreto".

Con los pies en la tierra, Alonso decidió aprovechar las ganancias que su trabajo cinematográfico le permitía y estableció un negocio propio, un centro nocturno (si no nos equivocamos en la calle de Puebla, cerca de Insurgentes, en la colonia Roma) que llegó a ser afamado. Se llamaba Quid y allí Emilio Azcárraga Vidaurreta invitó a Alonso a trabajar en la tele.